

# Un recuerdo de Oscar Terán

El 20 de marzo pasado, poco antes de la medianoche, Oscar Terán moría en Buenos Aires a los 69 años. Las líneas que siguen a continuación, escritas todavía al calor del borboteo de las emociones y recuerdos inmediatos que se recortan contra la novedad de su inapelable ausencia, no pretenden el retrato biográfico ni la circunspección y el tono del obituario; quieren, en cambio, ofrecerse apenas como una de las evocaciones posibles de unos pocos trazos de su existencia, que aquí se esbozan a partir del privilegio de haber trabajado junto a él y de haberlo tenido por guía intelectual y exquisito interlocutor en los últimos años.

Como repasaba Adrián Gorelik al comienzo de las palabras a través de las cuales brindaba homenaje a Terán frente a su féretro en la Chacarita, allí se agolpaban a despedirlo grupos de personas que lo habían conocido y tratado en muy diversas situaciones: desde su infancia y adolescencia en Carlos Casares, su pueblo bonaerense natal, pasando por la Universidad de los años '60, su militancia revolucionaria en los '70, el exilio posterior en México, su participación en el Club de Cultura Socialista luego de retornada la democracia, hasta su cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano en la Facultad de Filosofía y Letras y otros espacios de investigación y docencia de los que Terán supo ser artífice y animador. Por ello, en esa ceremonia del adiós convergían inevitablemente, superpuestos entre sí, diferentes espacios de sociabilidad, fragmentos del pasado que se daban cita coloreando la escena de diversos aires de familia y climas culturales, todos singularmente densos y emotivos. Y es que si la pérdida de Oscar Terán resulta para quienes lo frecuentábamos tan significativa, es porque en su existencia se condensaban y expresaban, de un modo particularmente excepcional y estilizado, varios de los más importantes estratos culturales de la historia y la vida intelectual de las izquierdas en Argentina.

Sobre todo en los últimos años, en sus escritos, en reportajes, pero también en las conversaciones cotidianas y aún en sus clases, Terán volvía una y otra vez, de modo más o menos directo, sobre esas capas geológicas que conformaron su propio trayecto vital. Y al hacerlo, en rodeos en los que pendulaba con elegancia entre la memoria emotiva personal y la reflexión histórico-crítica, dejaba traslucir los efectos acumulados del paso por esas sus "estaciones" (para usar una palabra que le era cara al repasar algunas biografías de singular espesor). Terán parecía desafiar así los enfoques antiesencialistas que, en la tensión de apariencia irresoluble entre diferencia y repetición, ponen en cuestión hasta la mismidad de una persona en distintos momentos de su existencia individual. Los materiales que conforman uno de sus últimos libros —un conjunto de entrevistas y textos en los que visita repetidamente esas estaciones— incluida la foto de tapa en la que se lo ve, apenas adolescente, cultivando la lectura en una escena apacible de su pueblo natal, brindan testimonio del modo

en que esos núcleos densos de su biografía seguían habitándolo intensa y persistentemente, incluso para disentir y separarse nítidamente de algunos de ellos. Pero aún en esos casos en los que el presente lo colocaba en disidencia respecto de franjas de su pasado, Terán actualizaba, de diversas maneras, esas formas culturales que había sabido transitar y que supieron dejarle marca indeleble. Conversar con él resultaba entonces conversar con la cultura libresca de matriz ilustrada que le permitió pasar de su pequeño pueblo de provincia al centro de la escena intelectual argentina. Era también percibir el profundo humanismo con el que identificó a su marxismo en los tempranos '60, a despecho del subsiguiente "antihumanismo teórico" que también conocería de manos de Althusser y sobre todo de Foucault. Era, también, entrar en contacto con la napa profunda que comunicaba con uno de los más cabales "sartreanos argentinos", y en ella toparse no sólo con una manera de entender la tarea intelectual sino además con una ética de los actos que lo acompañaba sin vacilaciones. Significaba, asimismo, vincularse inevitablemente con la experiencia de los años '70, con la antigua creencia en la inexorabilidad de la revolución y con el asunto urticante de la lucha armada; materias todas ante las cuales Terán se había constituido en severo fiscal, pero que incluso en esa tenaz oposición actual no dejaban de asediarlo con una insistencia fantasmática que él supo trocar valientemente en lúcidos textos críticos y autocríticos. Leer a Terán, pero sobre todo escucharlo rememorar su experiencia mexicana, esa que lo condujo a apreciar con ojos nuevos el tema latinoamericano —en una travesía a través de la cual prohió textos cardinales de su producción, como ese hoy poco frecuentado **Discutir Mariátegui** que permanece como una de las más completas y sesudas inspecciones en el entero itinerario del intelectual marxista peruano— era embarcarse en los pliegues y texturas de una meditación profunda sobre la cuestión del exilio (por lo demás, un asunto que, en mi caso, que viví también intensamente el destierro en la última dictadura en calidad de niño-hijo, estaba presente y teñía explícita o tácitamente, casi como una señal de complicidad, mi relación con Oscar; pero que, a la vez, él se permitía investir, partiendo de y haciendo referencias a las vivencias personales, como objeto de pensamiento y prisma desde el cual avistar pasados más remotos de la historia de América Latina). Tratar con Terán, por fin, recorrer sus quince libros e innumerables artículos, era y es internarse en una de las derivas de pensamiento que pellizcó en estas comarcas más insistentemente y desde ángulos diversos la tan elusiva y plural valente cuestión de la nación: y ello tanto para cotejar las maneras en que dos marxismos latinoamericanos, el de Mariátegui y el de Aníbal Ponce, accedían o no a pensarla (entendiendo por ello esencialmente la puesta creativa en juego de las categorías provenientes del horizonte de pensamiento que remite a Marx en el diagrama de las tradiciones culturales y de la configuración

de las fuerzas sociales provisto por las circunstancias locales), como para auscultar con la profundidad y sutilezas de nadie más el lugar y las funciones que el fenómeno nacional ocupó —para unos intelectuales cuya posición en el entramado institucional del régimen conservador surgido hacia 1880 aseguraba a sus ideas efectos de poder— en la producción de un orden capaz de conjurar las inesperadas mutaciones que signaban la emergencia de la Argentina moderna; o tanto para oírlo decir que en el exilio, incluso a quienes como él y como yo nos jactamos de ser ciudadanos del mundo, esa cosa que llamamos muchas veces a desgano nación se le aparecía bajo la forma de nimios indicios, como para leerlo, en su faceta irónico-crítica, desgranando las diversas manifestaciones de un fenómeno que, detectable ya en Mariano Moreno, en sus recorridos en otras canteras históricas halló y condensó bajo el nombre de *argentino-centrismo* (un término que me deslumbró desde el instante en que se lo escuché nombrar, probablemente en una clase de su materia hace exactos once años, y que encierra en sí todo un programa de investigación en historia cultural e intelectual). En definitiva: de estos arroyos de sentido, y de muchos otros más, incorporados todos a lo largo de una vida intensa, estaba compuesto Terán, y eso se ventilaba en una charla cualquiera. De allí que compartir el tiempo con él resultara tan singularmente estimulante y enriquecedor.

Pero leer y escuchar a Terán implicaba también otra cosa: era apreciar el despliegue inusual de nada más y nada menos que un *estilo*. Su escritura estaba presidida por una omnipresente dimensión estética, que se verificaba no solamente en sus textos sino incluso en el modo en que acometía la redacción del más anodino e-mail. Esa dimensión se vinculaba a su sartreana disposición a relacionar cualquier hecho del acontecer cotidiano con las aristas más profundas y dramáticas de la existencia (como cuando, a propósito de un intercambio de correos suscitado por el insólito cabezazo a un rival y posterior expulsión de Zinedine Zidane en los últimos minutos de la final de la Copa del Mundo del 2006, me decía que esa soledad en las multitudes mediáticas planetarias del jugador estrella del seleccionado francés le hacía acordar a *El Extranjero* de Camus: ese argelino —como Zidane— que mata sin saber porqué). Esa vocación por la estética de Terán lo llevaba a recomendar enfáticamente a sus alumnos, más que cualquier texto proveniente de las humanidades, la lectura de piezas literarias como *La revolución es un sueño eterno*, de Rivera, o los libros de Sebald, indispensables a su juicio para la labor del historiador de las ideas. Con todo, el preciosismo de sus trabajos, que inscriptos en sede académica se comunican aún con la secular tradición latinoamericana del ensayo de ideas, sabía automoderarse como para evitar el derrape en los excesos del barroquismo farragoso, a menudo arbitrario y puramente gestual, que conocemos en otras escrituras argentinas. En sus textos, la adjetivación, la metáfora o la imagen literaria no saturan, puesto que carecen de vida independiente: están al servicio de la graficación y más honda transmisión de los hechos e ideas del pasado y del presente que se retratan. Y es que probablemente no resulta exagerado señalar que en la pluma de Oscar Terán ha cuajado una de las alianzas más virtuosas entre dato, concepto y belleza del último medio siglo en Argentina.

La historia de las ideas, gustaba decir Terán, es en sentido estricto la historia de la relación entre aquello que son las ideas y aquello que no son. De allí que en su manera de historiar se propusiera recortar y situar el orden de lo simbólico, que constituía su objeto específico, contra el telón de fondo ofrecido por las demás esferas de lo social. En ese sentido, puede decirse que su escritura emergió productivamente beneficiada de la tensión constitutiva entre las palabras y las cosas. De un lado, sus preocupaciones ni abandonaron jamás las prevenciones respecto de la pura “filosofía abstracta”, ni abdicaron de la pasión por lo real, dos movimientos contiguos que lo embargaron cuando joven en el marco de un fenómeno generacional que él mismo supo reconstruir en los primeros capítulos de **Nuestros años sesentas**. Pero de otro, ese sesgo no significó nunca la renuncia a lo que denominó en algún lado “potencia universalizante del concepto”, contra las inclinaciones de una cultura populista que demasiado a menudo en su adoración de la realidad no hace sino acabar por confirmarla en aquello que es. Latía así en esa disposición la táctica confianza en las facultades tanto descriptivas como aún potencialmente transformadoras de esa instancia de lo ideacional que ocupaba a Terán. He allí entonces la clave de su manera de entender y practicar la historia intelectual: como un esfuerzo por discernir las calidades de lo simbólico y por ponderar su eficacia en diferentes contextos dentro de un esquema interpretativo general diseñado a partir del compromiso sobredeterminado entre la idea y el *factum*.

Pero ese *estilo Terán* no se reducía meramente al que habita en sus textos. Se modulaba también en acto, en sus modos de emplear la palabra oral. Por empezar, en sus clases, las clases llamadas teóricas de su materia Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la Facultad de Filosofía y Letras que dictó durante veinte años, y que a la sazón constituyen la base de su último libro a aparecer póstumamente en pocas semanas. (Un libro que, valga el *excursus*, dedica a las cohortes de alumnos que pasaron por su cátedra —algunos de ellos, decía con regocijo, asombrosamente brillantes—; y es que Terán tenía especial cariño por su materia, y se mantenía aferrado a ella a pesar de la situación de degradación institucional y moral que percibía en esa que supo ser su Facultad desde que era estudiante en el edificio de la calle Viamonte, y que representaba sin dudas también para él el lugar “donde todo comenzó”). En esas clases, al desplegar su discurso, Terán podía hacer gala de una envidiable capacidad de captura de la atención de los alumnos sólo igualmente detectable en esas pocas agraciadas personas que poseen el don de embriagar al hablar. Como ocurría también, aunque de modo un tanto distinto, en sus intervenciones en el Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura del Instituto Ravignani que creó y dirigió también por veinte años: cuando allí, en ese espacio lleno de ritos, le tocaba por fin el turno de hablar, el aire se cortaba brevemente y un subrayado silencio precedía y realizaba la gravedad de sus palabras, acogidas por los hábitos del modo como se escucha a quien se considera maestro.

En los últimos años, y de un modo cada vez más acusado, una espesa, envolvente melancolía acompañaba el andar de Terán. Esa impronta a la vez me unía y me separaba de él, y sospecho que otro tanto podía ocurrirle a otras personas. Me unía en

cuanto la agrídulce afición por las cosas que el tiempo ha dejado irremediamente atrás ocupa una porción también importante de mi temperamento, y Terán resultaba alguien encantador a la hora de compartir ese deleite. Así, hace poco más de un año no pude sino sentirme plenamente emocionado y en empatía con él cuando, ante un envío mío a más de una centena de contactos de un e-mail con un video de *youtube* en el que se accede a la imagen en blanco y negro de un viejo recital de 1974 en el que Serrat, con ojos diáfanos, canta en vivo “Las nanas de la cebolla”, el poema de Miguel Hernández (el video puede verse aquí: <http://es.youtube.com/watch?v=2RpWP7IdmWk>), fuera Oscar, y nadie más que él, quien atinara a contestarme lo siguiente: “Mil gracias, Martín. Todavía estupefacto y conmovido, sintiendo ‘yo estuve ahí’, ‘yo, si no era como él, quería ser como Serrat, y a veces hasta creí que me le acercaba’, ‘conocí a esas chicas que aplauden a rabiar’, ‘vibré con esos poemas’....Y todo esto justo, justo, cuando acababa de releer una frase de Carlos Ibarguren de su brillante texto del 33 (dejemos su fascismo de lado por un momento) donde dice: ‘Los hombres que actuaron en el mundo fenecido de veinte años atrás son sobrevivientes de un colosal naufragio’, ‘Anochece para nosotros antes de la tarde’; existe un divorcio absoluto entre los mayores de 40 años y los jóvenes de ahora. Gracias a que seas vos quien lo ha enviado puedo creer por un breve instante al menos que ese divorcio puede no ser tan absoluto. Un abrazo, Oscar”.

Pero, de otro lado, esa subyugante melancolía probablemente contribuía a edificar un dique insalvable entre nosotros en una materia en particular: la de la política. Aunque ella ocupaba una parte sustantiva de nuestras charlas informales, Terán, que no renunciaba en sus textos últimos a su vocación crítica, mostraba en cambio una pronunciada renuencia a dejarse atravesar por nuevos entusiasmos. De allí que fenómenos en los que en años anteriores en horas alborozadas pude adivinar, a distancia de todos los izquierdismos heredados, las avanzadas de un nuevo ciclo histórico de las políticas de emancipación —como el Foro Social Mundial, la emergencia de una esfera pública alternativa de rango global a partir de las nuevas redes transnacionales, o algunas manifestaciones de regeneración autogestiva de lo social en Argentina y América Latina— permanecieran para él, como para la gran mayoría de los intelectuales de su generación (y desde luego, no sólo para ellos), en situación de virtual invisibilidad. Aún así, para ese caballero que era Terán esas diferencias podían salvarse protocolarmente y no ingresaban en el trabajo cotidiano. Todavía más: intuyo que, aún sin compartir esos entusiasmos, le resultaba reconfortante apreciarlos en quienes lo rodeaban.

Ese era Oscar Terán. Ese, y tanto más. Por todo lo que irradiaba su presencia irremplazable, por todo aquello que ya comenzamos a extrañar, quienes lo conocimos y tratamos sencillamente no habremos de olvidarlo jamás.

Martín Bergel

Buenos Aires, 8 de abril de 2008